

Y lo peor de todo es que el personal Médico-Farmacéutico, encargado de mantener la existencia de esas Sociedades, reporta escasísimos beneficios; como que tiene que dejar parte de sus reducidos honorarios, ganados á costa de penosos trabajos, á favor del empresario que los tomó á su servicio: que ni siquiera el Médico estableciese directamente sus contratos ó igualatorios con los vecinos, del mal el menos, pues aunque quedara convertida la capital en oscuro lugarón de cualquier provincia, fuera tolerable el sistema, aun habida consideración á irrogar á la clase enormes perjuicios.

Las Sociedades, no hay que dudarlo, han herido de muerte á la actual generación médica en Madrid, pues que con ellas sobra, por lo menos, la mitad del personal aquí acumulado, en atención á que siendo el trabajo tan barato, precisa trabajar mucho sólo para poder ir pasando.

¿Y qué hacer? ¿Quién tiene la culpa de semejante situación? ¿Se la echaremos á los Médicos que se prestan á desempeñar tales cargos?

Pues que los renuncien, y al día siguiente se verán repuestos; que hay muchos esperando recoger las migajas que los otros dejaron.

En fin, apartemos la vista fatigada ya con la contemplación de tantas desdichas y pasemos á otra cosa, sin perjuicio de proponer en las conclusiones lo que consideremos más acertado.

Queda aprobado en el transcurso de estas líneas que los males de la clase médica tienen hondas raíces en el seno de la misma; pero eso es difícil extirparlos: para ello fuera preciso el asentimiento absoluto de todos los Médicos, cuyos intereses encontrados impedirán siempre lograrlo.

* * *

Ahora bien; lo que es inaguantable y hasta denigrante, lo que no debemos tolerar de ningún modo, es que invada nuestro campo esa avalancha de intrusos de todos matices, que á no cortarles el paso, llegarían hasta desalojarnos de posiciones conquistadas en virtud de indiscutibles derechos.

Sin embargo, es necesario meditar bien lo que debemos hacer y lo que podremos conseguir, porque acaso sea contraproducente dar mucha publicidad á este desgraciado asunto.

No olvidemos que todas, absolutamente todas las profesiones, son invadidas por el más repugnante intrusismo. Alrededor de los abogados, notarios, farmacéuticos, arquitectos, etc., pulula un ejército invasor de intrusos que, como lobos hambrientos, tratan de esquilmarlos y destruirlos.

Y aunque parece que la profesión médica, por los altos fines á que se consagra, debiera estar al abrigo de semejantes parásitos, sucede precisamente lo contrario. Aquí abundan más que en